

Lilia DÍAZ (ed.), *Versión francesa de México. Informes diplomáticos. 1858-1862*. Volumen n. México, El Colegio de México, 1964.

Esta obra continúa una interesante serie que El Colegio de México viene publicando desde hace años. El período que abarca, de 1858 a 1862, es, probablemente, uno de los más complejos e interesantes de la historia de México. Es bien sabido que fue en esos mismos años cuando el gobierno francés, encabezado por Napoleón III, decidió intervenir, militar y políticamente, en nuestro país. La obra está constituida, en su mayor parte, por la traducción de los informes que los diplomáticos franceses acreditados en México enviaban regularmente a su gobierno. Con lo anteriormente dicho se comprende de inmediato lo útil y provechosa que la lectura de este trabajo resulta para quien se interese por la intervención de 1862.

La primera parte del libro recoge los informes que el representante de Francia en México, vizconde Alexis de Gabriac, envió en los años de 1858, 1859 y principios de 1860 a sus jefes del ministerio de Relaciones Exteriores de Francia. Gabriac informa sobre el curso de la guerra de Reforma, pero ya desde ese año de 1858 aparece claramente expresada la idea de intervenir en México, aprovechando la confusión que la guerra y la existencia de dos gobiernos rivales producían en el país. Las simpatías de Gabriac se inclinan, marcadamente, del lado de Miramón, de cuya victoria final está casi seguro.

A partir de 1860 Gabriac fue substituido por Alphonse Dubois de Saligny, cuyos informes al gobierno francés forman la segunda parte de la obra. En ellos Dubois de Saligny da cuenta de la caída de Miramón y del triunfo del partido liberal encabezado por Juárez. Poco a poco, a lo largo de 1861, se va perfilando de manera cada vez más clara la gestación de la intervención de 1862. Para reforzar la trama, ya de por sí bastante complicada, se han intercalado algunos documentos redactados por miembros distinguidos del partido conservador mexicano: José Manuel Hidalgo, José María Gutiérrez de Estrada, Rafael Rafael, Francisco Javier Miranda y el nefasto Antonio López de Santa Anna. Todos estos personajes, algunos animados por las mejores intenciones, colaboraron, a la sombra protectora de Napoleón III, en la preparación de la intervención y sus cartas y recados completan, redondean y explican el paso dado por el gobierno francés.

En los informes de Dubois de Saligny resalta la personalidad del general González Ortega. Saligny recoge con más cuidado los manejos de este general y de sus partidarios que la actua-

ción del propio presidente Juárez, especialmente durante el curso del año de 1861. Resulta claro que en aquellos momentos el político mexicano más activo y más inquietante era González Ortega.

Desde octubre de 1861 los acontecimientos se precipitan. Francia, Inglaterra y España deciden intervenir en México.

Los informes de Saligny dejan de reflejar la situación interior de México para referirse, casi exclusivamente, a las negociaciones diplomáticas y a las intrigas que la triple intervención motivó; en ellos se va haciendo patente la actitud cada vez más beligerante de los franceses.

En esta parte se intercalan algunos informes y comunicaciones de personajes ingleses y españoles conectados directamente con la intervención: el ministro inglés lord John Russell, el representante y plenipotenciario inglés en México, sir Charles Wyke; el ministro de Relaciones español, Calderón Collantes y el plenipotenciario español, Juan Prim conde de Reus.

A los informes de Saligny se unen los del jefe de las fuerzas expedicionarias francesas, el almirante Jurien de la Gravière.

Tanto Saligny, como Jurien de la Gravière, como los ya mencionados personajes mexicanos del partido conservador, recibieron con cierto sobresalto y disgusto el nombramiento de Juan Prim como representante de España. El liberalismo declarado de Prim, así como su positiva simpatía por México, país donde había nacido su esposa, eran obstáculos para los planes del gobierno francés que respaldaba el partido conservador de México.

En estos informes y mensajes la figura de Prim cobra realce, a pesar de la falta de afinidad entre uno y otros. Prim era, sin duda, una fuerte personalidad, inteligente y enérgico, tan buen diplomático como buen soldado. Los representantes franceses le atribuyen en sus informes unas desmesuradas y tortuosas ambiciones personales, pero es evidente que de los tres plenipotenciarios europeos el más interesante era el español.

Sir Charles Wyke aparece como persona discreta; por regla general siguió la línea de conducta marcada por Prim y ambos actuaron casi siempre de acuerdo.

Si en los informes franceses de 1862 destaca por un lado —como ya se ha indicado— la figura de Prim, por el otro sobresale la del general Manuel Doblado, ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Juárez. A Doblado se le considera la persona más capaz de dicho gobierno y de todo el partido liberal.

Cosa interesante en estos informes franceses es descubrir un fondo de temor por los Estados Unidos. En efecto, si bien ese país estaba entonces sumergido en la guerra de Secesión, los diplomáticos franceses parecen haber estado mirando con el rabi-

llo del ojo, esperando que, de repente, el terrible coloso se les viniera encima. Los Estados Unidos aparecen como el enemigo más encarnizado de la raza latina, especialmente en América, donde, según los franceses, no tardarían en engullirse al resto del continente si Europa no lo evitaba.

El libro concluye con los informes que dan cuenta de los tratados preliminares de La Soledad.

Para finalizar, la obra es interesantísima; las traducciones correctas; la selección de documentos atinada. Y, cosa sorprendente, estos informes constituyen, contra lo que se podría suponer, una lectura muy amena. La obra resulta así útil tanto a especialistas como a profanos.

Margarita M. HELGUERA
Universidad de México

Fernando MARTÍNEZ CORTÉS, *Las ideas en la medicina náhuatl*, México, Prensa Médica Mexicana, 1965.

Desde hace unos años se nota, entre los que nos dedicamos a estudios históricos de la medicina, una nueva tendencia sobre la forma de valorar e interpretar los datos y hechos conservados de la vieja medicina que practicaron los pueblos anteriores a la conquista. Ya no se habla, como en el tiempo del doctor Flores, de una medicina prehispánica adaptada a clasificaciones clínicas modernas. Pasó también la época en que se enumeraban largas listas de nombres indígenas para designar órganos y enfermedades, pretendiendo sacar de dichas listas una conclusión, completamente artificial, sobre los conocimientos médicos y anatómicos que poseían los que usaron aquellas palabras.

Hoy el historiador médico interesado por problemas de la medicina prehispánica busca con más interés el fondo ideológico que motivó las prácticas médicas llegadas a nosotros. Investiga los mecanismos mágicos que hicieron posibles dichas prácticas y se interesa por los elementos curativos de acción farmacológica eficaz, que siempre acompañaron a la magia en todas sus manifestaciones curativas, muchos de los cuales todavía conservan su valor terapéutico en la medicina actual.

Con este criterio está escrito el libro que nos ocupa. Su autor ha sabido resumir en cortas páginas todo lo que pudiéramos llamar filosofía de la medicina náhuatl. Los lineamientos básicos en que fundaron su acción los médicos precortesianos. Sus ideas sobre los orígenes de la enfermedad, los conceptos prehispánicos sobre la vida y la muerte, su actitud ante el enfermo y sus creencias sobre la predestinación patológica.

En revisión rápida, pero documentada, se estudian las características que individualizan esta medicina mexicana frente a otras de contextura similar. El empirismo, la magia y la religión como elementos terapéuticos, y al mismo tiempo etiológicos, de las enfermedades. La racionalización médica y su aplicación en la terapéutica. El diagnóstico, exclusivamente etiológico y casi siempre sobrenatural, que llevaba, inevitablemente, a la terapéutica mágica practicada por individuos especializados dentro del grupo, aunque es muy probable que también hubiera una medicina popular practicada por familiares y aficionados no técnicos en medicina.

Finalmente se estudia el pronóstico, concebido de manera totalmente opuesta a nuestra manera de pensar actual. El enfermo y su estado no intervenían en esta práctica. Era, como en otras medicinas primitivas, el resultado de prácticas agoreras y adivinatorias. Considerando que la enfermedad estaba producida por etiologías sobrenaturales y demoniacas, el pronóstico debía dirigirse hacia los seres que enviaban la enfermedad preguntándoles sus intenciones para el enfermo. Unas veces el augurio se hacía directamente, otras a través de mecanismos mágicos más o menos complicados.

Con todos estos elementos el autor supo componer un libro que tiene la rara habilidad de mostrarnos en pocas páginas y con una bella y cuidada tipografía donde abundan las ilustraciones, el contenido de la medicina náhuatl valorando sus adquisiciones positivas, su enorme contenido mágico, el fundamento de sus técnicas y el mecanismo ideológico que estableció una unidad en el pensamiento y en la técnica médica de los habitantes prehispánicos de México inmediatamente anteriores a la conquista española.

Germán SOMOLINOS D'ARDOIS